

# LA NOVENA

Pau March

Image not found.

# Capítulo 1

## LA NOVENA

Antonio Luján tenía un solo talento, pero... ¡qué talento! Consistía en una memoria simplemente prodigiosa: retenía a la primera nombres de calles, direcciones, números de teléfono, horarios de trenes, de autobuses y nombres completos; carreteras, autopistas, nomenclaturas, estadísticas demográficas y de superficie de todo el planeta; estrellas, constelaciones, años luz y más, muchísimo más.

Aquella mañana, como siempre, subió al tren para dirigirse al trabajo. Se sentó en un asiento de ventanilla y se puso los cascos. Era un gran aficionado a la música de los clásicos. Le encantaba Bach, Haydn, Mozart y Vivaldi; pero su mayor pasión era Beethoven, y concretamente su grandiosa novena sinfonía.

Una memoria portentosa capaz de memorizar composiciones musicales de principio a fin. Después de haber escuchado tres veces "La Novena", la tenía grabada en su mente; nota a nota, compás a compás, negras, corcheas, fusas y semifusas, blancas y silencios. Toda, absolutamente toda "La Novena" la tenía en su cabeza. Así era su memoria.

Le gustaba escucharla todas las mañanas de camino al trabajo. Se colocaba los cascos y cerraba los ojos, simulando que estaba abstraído en su mundo; así evitaba que le molestasen. Para nada le interesaba hablar del tiempo, de fútbol, de la corrupción o de la miseria en el mundo, ni del precio de las patatas o del pan, ni de las noticias en general. La compañía de su amigo "Ludwig" era todo lo que necesitaba para afrontar el día con ánimo yendo de camino a trabajar.

Mientras la escuchaba no podía entender cómo era posible que alguien completamente sordo hubiese podido componer semejante maravilla, semejante obra maestra. Su comienzo tan genial, el segundo movimiento aún mejor, el tercero te permite descansar de tanta emoción, y el último es una explosión de belleza, de alegría, de libertad y de color. ¡Cómo era posible que semejante genio hubiera nacido en este planeta! Tan perfecta de principio a fin. Y con un coro vocal en su último movimiento, que une el canto de los ángeles y querubines celestiales con las cuerdas y maderas terrenales. Simplemente apoteósica.

"Sin duda vendería mi alma al diablo, como hizo Fausto, por haber escrito algo así—pensaba Antonio—. No lo dudaría ni un instante, y un segundo después moriría feliz. Gracias al cielo que hace cinco años la descubrí,

pues nadie se puede ir de este mundo sin conocer algo así".

Al volver a casa comenzó a sentir molestias y dolores en el centro de su intelecto, que le trajo viejos recuerdos y temores: "No... por favor... otra vez no". Al día siguiente fue al neurólogo y después de varias pruebas, análisis, resonancias y tomografías, la conclusión era que sí... otra vez... sí. El médico le miró a los ojos con seriedad y le dijo: lo siento Antonio, lo siento muchísimo.

El tumor cerebral que padeció Antonio casi cinco años atrás, y que le dejó completamente sordo, se había reproducido de nuevo y esta vez era fatal. Seis meses de vida tenía, siete a lo sumo. Comenzaba la cuenta atrás.

Y así fue, seis meses después Antonio despertó en la habitación 1827 del hospital general. Llevaba el último mes hospitalizado y ya estaba muy próximo el final. Aquel día se encontraba especialmente mal. Acudieron la familia, los doctores y el capellán.

Ante aquella visión tan fúnebre, triste y muda, tomó con la mano izquierda la de su hija, con la derecha la de su esposa y cerró los ojos. Flautas, timbales y violines comenzaron a sonar, y con una sonrisa se fueron "La Novena" y él a otro lugar.

<https://www.youtube.com/watch?v=TpWpqs864y0>